

## Tema de reflexión

## Televisión, violencia y salud mental ¿Existe alguna relación?

Sarah García Silbermann<sup>1</sup><sup>1</sup>Instituto Mexicano de Psiquiatría

En los últimos años la violencia ha dejado de ser “un tema” para constituirse en uno de los ingredientes más fuertemente configuradores de nuestras sociedades de fin de siglo. Y especialmente de las latinoamericanas. No es extraño entonces que, de un lado, la televisión se vea repotenciada en su capacidad de catalizar nuestros miedos, y de otro, la televisión se vea convertida en chivo expiatorio al que cargarle las cuentas de la violencia para exorcizar de alguna manera la pesadilla cotidiana.

*Jesús Martín Barbero,*  
**“Miradas Latinoamericanas a la televisión”<sup>1</sup>**

Partiendo de la definición moderna de la salud mental, que más allá de la simple ausencia de enfermedad mental se refiere al “bienestar que una persona experimenta como resultado de su buen funcionamiento en aspectos cognitivos, afectivos y conductuales y, en último término, despliegue óptimo de sus potencialidades individuales para la convivencia, el trabajo y la recreación”,<sup>2</sup> tenemos que cualquier fenómeno que altere el buen funcionamiento individual y particularmente, cualquier evento que altere u obstaculice la adecuada convivencia social constituye un foco de atención que debe alertar a los responsables de la salud mental de la sociedad.

Por otra parte, como señalan De la Fuente y col., “la salud en general, se imbrica en la trama general de la vida de las poblaciones y depende de su cultura y de sus condiciones socioeconómicas”.<sup>2</sup> Bajo este marco, es posible comprender que la salud mental de los individuos que integran un grupo social se ve afectada tanto por factores biológicos, como por un gran número de variables psicosociales. Entre estas últimas destacan dos fenómenos que han adquirido enorme relevancia social en la actualidad: la influencia de los medios de comunicación masiva, en especial los audiovisuales y predominantemente la televisión, y la exacerbación de la violencia como una presencia cotidiana en todo tipo de ambientes y situaciones.

El incremento evidente de los índices de violencia e inseguridad, ha conducido a múltiples reacciones e interpreta-

ciones tendientes a determinar las posibles causas de tal fenómeno, así como a proponer acciones para enfrentar y disminuir los niveles de agresividad prevalecientes. Entre tales interpretaciones destacan las de aquellos que culpan a los medios de comunicación, y especialmente a la televisión, de fomentar la violencia con su programación sobrecargada de escenas con todo tipo de hechos violentos, principalmente delictivos.\*

El tema de la relación entre la violencia y la televisión no es nuevo. La violencia existe desde que el hombre es hombre y la sociedad ha padecido sus consecuencias a lo largo de toda la historia humana. Sus orígenes o causas han sido buscadas, investigadas e interpretadas desde muy diversos puntos de vista, sin que hasta la fecha haya sido erradicada. Los medios masivos de comunicación, en cambio, constituyen un elemento de muy reciente aparición; sin embargo, en su breve lapso de existencia, han llegado a convertirse en un elemento fundamental en la vida de las sociedades contemporáneas. Ambos, medios de comunicación y violencia, parecen estar estrechamente vinculados en la actualidad, y esta relación ha despertado gran interés por parte de muchos investigadores de las ciencias sociales, para buscar una explicación a esta relación que ha llegado a parecer indisoluble.

El problema de la violencia nos afecta, en mayor o menor medida, a todos; los medios de comunicación ocupan un lugar destacado en la vida de la mayoría de las personas. Comprender mejor la influencia que, tanto la televisión como la violencia, ejercen en la convivencia social cotidiana, constituye el primer paso para enfrentar sus posibles consecuencias negativas y planear acciones eficaces tendientes a contrarrestarlas.<sup>3</sup>

Al hacer referencia a la violencia, conviene distinguir tres conceptos fundamentales: la agresividad, la agresión y la violencia en sí. La agresividad es una tendencia, disposición

\* Para aquellos interesados en profundizar el tema, se recomienda la lectura de una reciente publicación sobre el tema: “Medios de Comunicación y Violencia”. Libro elaborado por la autora en colaboración con la Dra. Luciana Ramos-Lira., editado en México por el Instituto Mexicano de Psiquiatría y el Fondo de Cultura Económica, obra en la que se desarrollan con mayor amplitud las ideas esbozadas en este artículo.

o capacidad, que puede concretarse o no en actos específicos y que surge como forma de resistencia o ataque ante situaciones difíciles o problemáticas del entorno. La agresión, por su parte, alude a todo acto que concreta dicha capacidad agresiva, con la característica particular de que no constituye un acto accidental, sino que busca generar un daño.

En cuanto a la violencia, por su sentido etimológico, se define como la “acción de aplicar medios violentos o brutales; una fuerza física que se usa con el propósito de hacer daño”<sup>4</sup> el uso excesivo e injusto de una fuerza, que puede ser física, moral o psicológica, y que se ejerce en forma intencional para ocasionar un efecto, no exclusiva o necesariamente físico, sino también moral o psicológico.

Existe una gran variedad de factores y circunstancias que influyen en el desarrollo de la violencia, una compleja interacción de elementos y procesos genéticos, hormonales y cerebrales, con el aprendizaje social, los procesos cognoscitivos y los emocionales, que la determinan como una expresión netamente humana. Estamos hablando, por lo tanto, de una combinación de factores personales —como rasgos de personalidad, sesgos atribucionales hostiles y patrones de conducta—, factores externos —como el clima y el hacinamiento—, y determinantes sociales, como los medios de comunicación masiva.

Los medios, y en particular la televisión, han utilizado a la violencia como elemento central de su programación, a lo largo de toda su historia, de manera cada vez más intensa. Por otra parte, los índices de violencia se incrementan persistentemente en nuestra sociedad. Los más diversos grupos sociales atribuyen efectos negativos a la violencia televisada: algunos sostienen una importante relación de causalidad entre la violencia transmitida por la televisión y la agresividad en la vida real; para otros no hay pruebas que la sustenten.

El asunto constituye uno de los fenómenos más investigados, desde los más diversos enfoques de las ciencias sociales, pero los resultados obtenidos han sido muy variados, e incluso contradictorios, dependiendo del enfoque teórico, seguido de la metodología utilizada y de los objetivos planeados.

El debate ha generado dos líneas opuestas fundamentales: la de los efectos negativos o dañinos y la de los efectos benéficos o positivos. Surgen entonces los grandes dilemas sobre el tema: ¿La televisión estimulará u obstaculizará el desarrollo intelectual y la creatividad? ¿Afectará la conducta de los niños en relación con su pasividad, agresividad, sociabilidad o empatía? ¿Los corromperá al introducirlos prematuramente en un mundo de adultos invadido por el sexo, el alcohol, el tabaco y la violencia, o les dará más armas para enfrentar el mundo real? ¿Modificará sus patrones de conducta? ¿Promoverá o inhibirá su desarrollo psicosocial?

Aun cuando se han desarrollado, sobre todo en los últimos años, innumerables estudios, investigaciones y ensayos, la discusión continúa sin consenso. El único punto de acuerdo generalizado es que los medios sí ejercen un impacto sobre el auditorio.

Erausquin, Matilla y Vázquez<sup>5</sup> introducen el concepto de teleadicción, aclarando que este proceso no surge espontáneamente, sino por la conjunción de múltiples factores sociales, como las condiciones de vida urbanas actuales, la dependencia internacional y el valor comercial de la información, entre otros. Los efectos adictivos de la televisión se relacionan con estilos de vida urbanos —como el hacinamiento y la violencia, que restringen los espacios abiertos a disposición de la gente y, principalmente, de los niños y jóvenes—, y con el temor a utilizar la calle para interactuar. De esta manera, la televisión se convierte en la distracción fundamental. De acuerdo con Souza y Macorro,<sup>6</sup> “los teleadictos no son capaces de escapar por sí mismos de la imagen, influidos por un mecanismo psicológico igual al que ocurre con los farmacodependientes...”

Carlos González Alonso<sup>7</sup> afirma que el hombre contemporáneo debe a la comunicación masiva 85% de su información y conocimientos, y que dedica a actos relacionados con ella 75% del tiempo que no ocupa en trabajar o dormir. En general, la tendencia es hacia un aumento constante en la cantidad de tiempo dedicado a los medios masivos, particularmente la televisión. Hasta la fecha, el tiempo destinado a los medios tiende a incrementarse y su uso regular parece haberse convertido en parte indispensable de la vida cotidiana de la sociedad, con excepción, quizás, de los grupos que carecen de posibilidad de acceso a ellos, por marginación, extremo aislamiento geográfico o extrema pobreza.

Este contacto con los medios masivos se mantiene a lo largo de toda la vida, y resulta difícil, si no imposible, escapar a su influencia. En la actualidad, esta influencia es cada vez más globalizadora, y su poder unificador. Se considera que un estadounidense medio pasará 15 años de su vida frente al televisor, y que los niños de hoy dedican más tiempo a ver televisión que a la escuela.<sup>8</sup>

Algunos autores incluso atribuyen al acto de contemplar la televisión efectos semihipnóticos y generadores de dependencia. En esta línea, Munder<sup>9</sup> afirma que las características tecnológicas propias de la televisión activan el funcionamiento del hemisferio izquierdo y la inactividad del derecho, con lo que obstaculizan la recepción analítica de la información. Himmetweit, Oppenheim y Vince<sup>10</sup> concluyen que el simple hecho de mirar la televisión conlleva una actitud mental pasiva y que la televisión propicia una preferencia por un aprendizaje de segunda mano, que no exige esfuerzo alguno, en detrimento de la experiencia propia.

En la televisión, la información llega a la sensibilidad sin requerir las inflexiones del raciocinio y, con mucha frecuencia, sin exponerse siquiera a ellas. Chen-Seat y Fougeryollas<sup>11</sup> señalan que, en el interior de la esfera audiovisual, las imágenes prevalecen a la vez por su poder de impacto y por las formas de pensamiento mágico que imponen su naturaleza y los procedimientos de su empleo. La irrupción en la

vida contemporánea de la información visual ha comenzado ya a trastornar su condición, al punto de que no pocos de los hallazgos de la psicología social se tienen que volver a examinar. La información visual afecta la personalidad no sólo de manera más intensa, considerable y profunda, sino sobre todo, de manera diferente, es decir, según otras modalidades; Orozco-Gómez<sup>12</sup> enfatiza que la característica más distintiva de la televisión, en relación con otros medios, es su capacidad de presentar sus mensajes como creíbles, debido entre otras razones, a sus características de inmadurez, fragmentación, repetición y recepción combinada de elementos auditivos y visuales.

Gionanni Sartori<sup>13</sup> plantea en una provocadora posición extrema, que la esencia misma del ser humano se está modificando, merced a la influencia de los medios audiovisuales, transformando al *homo sapiens* en lo que él ha bautizado como el *homo videns*, para el cual la palabra ha sido destronada por la imagen, desplazando la primacía de lo inteligente hacia lo visible, “llevando a un ver sin entender que ha acabado con el pensamiento abstracto”.

Ahora bien, la programación televisiva incluye tal cantidad de violencia, que se ha convertido en motivo de intenso debate entre quienes creen que la televisión constituye una escuela de violencia y quienes piensan que lo único que hace es reflejar la violencia existente en la sociedad. Durante las últimas décadas se han realizado numerosos esfuerzos para averiguar hasta qué punto la violencia mostrada por la televisión influye en la agresividad de los espectadores.

En el caso específico de la relación entre televisión y violencia, tanto los analistas del fenómeno como la mayoría de los legos se suelen dividir en dos grupos. De un lado están los detractores de la televisión, quienes le atribuyen poderes ilimitados y la consideran fuente de efectos perniciosos graves, así como factor determinante en el aumento de los índices de violencia social. Del otro lado se ubican aquellos que le niegan todo poder causal y la reducen al nivel de “caja idiota”.

Los detractores de la televisión argumentan con insistencia que la programación con contenidos violentos constituye un incentivo o disparador de conductas violentas de diverso tipo, que fomenta la agresividad de los espectadores, que en ocasiones sirve como modelo para la imitación de acciones delictivas o riesgosas, y que incrementa los niveles de ansiedad y angustia en la población. Otros consideran que la exposición a la violencia transmitida por la televisión tiene un efecto desensibilizador; aquellos que ven regularmente escenas de violencia en la pantalla acaban por acostumbrarse a ella, perdiendo su capacidad de reaccionar frente a la violencia que enfrentan o atestiguan en la realidad. Finalmente, cierto grupo considera que la violencia televisada ejerce un efecto catalizador, llegando a moderar las tendencias agresivas de los sujetos.

Ninguna de las múltiples investigaciones realizadas al respecto en el mundo ofrece elementos suficientes que ava-

len de modo definitivo uno u otro puntos de vista: la televisión como generador directo e inmediato de violencia; y la articulación de la televisión en un proceso social amplio y complejo que imposibilita toda relación causal. En el punto medio se ubica una corriente –quizá minoritaria, pero con un enfoque más positivo– que acepta el poder e influencia de la televisión en términos de tema, ideas, valores y orientaciones cognitivas, pero rescatando la autonomía de los receptores como sujetos con capacidades críticas e interpretativas.

La violencia en la televisión parece ser cada vez más atractiva y, antes que disminuir, ha tendido a aumentar a lo largo de los años. Es de suponer que la tendencia continuará a menos que se tomen medidas formales contra ello. Por lo tanto, el problema, aún no resuelto, de sus efectos sobre el auditorio continúa vigente y ha aumentado en importancia. Es necesario tener cuidado de no minimizar o magnificar el problema. No podemos culpar a la ligera a la televisión de los males sociales. Un problema multicausal como la violencia social debe ser abordado por múltiples vías. Si se reconoce en definitiva la importancia de la televisión, y en particular de sus contenidos violentos, destaca la importancia de considerar el impacto de otros múltiples factores que contribuyen a desarrollar agresividad y conductas violentas en los ámbitos individual y social. Se precisa de análisis profundos y propuestas de acción amplias e integradoras.

La televisión ha sido glorificada por muchos como elemento central de la civilización moderna, foco de unión de las familias y generadora de una nueva raza de seres humanos, en tanto que otros la condenan como creación diabólica que ha generado una sociedad deshumanizada, cuasianalfabeta e hiperviolenta. Para estos últimos, la “caja idiota” es la puerta de acceso a un mundo de horror y enajenación. En un punto intermedio, preferimos ubicar a la televisión –indiscutible invento genial de la humanidad– como un instrumento neutro, que es sólo un portador de mensajes, cuya influencia dependerá en gran medida de las intenciones de quienes lo utilicen. Consideramos que la caja no es “idiota” por naturaleza, sino que la hacen idiota muchos de sus contenidos. La televisión en sí misma no encierra el mal ni todo el bien, pues sus efectos dependen del uso que se le dé.

No podemos abrigar ya muchas dudas de que la televisión constituye una importante fuente de influencia ni de que, como tal, representa un objeto legítimo de preocupación y acción públicas. Ignorar los posibles efectos perniciosos de la programación televisiva, argumentando la carencia de evidencias científicas concluyentes al respecto implica graves riesgos. La simple sospecha de que la televisión contribuya a la violencia real, sea por imitación, por activación de conductas o por desinhibición, así sea en conjunción con otros factores y sólo ciertos individuos predispuestos, es razón suficiente para destacar la necesidad de tomar medidas al respecto.

La propuesta básica es destacar la necesidad de que diversos sectores sociales fomenten programas de acción, que al contrarrestar o neutralizar la influencia televisiva dañina, propicien el uso de la televisión con fines y criterios distintos. Creemos que la televisión es un invento extraordinario. Dado su costo relativamente bajo, resulta accesible para la mayoría de la población. Gracias a la televisión, gran cantidad de personas pueden disponer de entretenimiento, diversión e información que de otro modo les estaría vedados.

Asimismo, la televisión ofrece a los niños un importante cúmulo de conocimientos y habilidades, mucho antes incluso de que asistan a la escuela. Sin embargo, a pesar de sus evidentes beneficios, la televisión también puede resultar dañina si se le utiliza irresponsablemente. La responsabilidad de que la televisión cumpla con una función social positiva es tarea que debe ser asumida por los diferentes sectores de la población; propietarios y productores, gobierno, organismos no gubernamentales y padres de familia. En ese sentido, a todos nos queda mucho por hacer.

Reconociendo definitivamente la importancia de los efectos de la televisión y en particular de sus contenidos violentos, es necesario no desdeñar el impacto de otros múltiples factores que contribuyen al desarrollo de agresividad y conductas violentas en los niveles individual y social. Es necesario ubicar la posible contribución de los efectos de los medios en el contexto de una problemática social compleja, que incluye múltiples factores como la pauperización, el desempleo creciente y la violación de los derechos humanos. Es importante destacar que los modelos directos de violencia intrafamiliar y comunitaria originen más comportamientos violentos que los modelos que presentan los medios.

A este respecto resulta pertinente la proposición irónica de Piscitelli:<sup>14</sup> “gran parte de la violencia cotidiana ( la doméstica y la local; pero también la pública y la ciudadana); están siendo causadas no por la muerte de la familia; la pérdida de los valores seculares; el descrédito indebido de la ciencia, los rendimientos decrecientes de la tecnología o la desregulación salvaje del mercado, sino por la violencia en la televisión”.

Al enfocar el problema de la violencia en televisión no se debe minimizar la necesidad de ahondarlo considerando la diversidad de causas de la violencia, algunas probablemente más significativas; inadecuada distribución de la riqueza, desempleo, desintegración familiar y social, drogas, disponibilidad de armas, impunidad, corrupción, etc. Se necesita mucho más que satanizar a la televisión y tomar medidas correctivas en este contexto, para contender eficazmente con el problema de la creciente violencia en el mundo y particularmente en nuestro entorno nacional. Si la violencia en la comunidad es el síntoma visible de desórdenes más profundos provocados por la pobreza, las políticas económicas internacionales, el desempleo estructural y la desorganización grupal, entonces es muy probable que la

manera más eficaz de tratar con los síntomas sea directamente a las causas originales.

En términos específicos de la violencia urbana, y en particular de su magnitud en la Ciudad de México, la violencia se percibe dentro de una irritabilidad social que genera, a su vez, un clima propicio para que estallen conductas agresivas ante mínimas provocaciones, y aun en ausencia de ellas. Este clima de irritabilidad es provocado, entre otras cosas, por las condiciones de vida urbanas en términos de funcionamiento, marginación, carencia de oportunidades, carencia de servicios básicos, elevada contaminación (ruido, polución, etc.), inadaptación de la población migrante de origen rural. Todos los anteriores son factores que generan estrés, frustración y decepción.

No sólo es incorrecto asignar a la televisión el papel de causante principal de las conductas antisociales, sino que es igualmente inapropiado suponer que los mensajes antisociales difundidos por ésta sean por necesidad más fuertes que los prosociales. Es necesario considerar la posibilidad de que sea precisamente a la inversa. Si se fijara como meta es factible que la televisión pudiera contribuir a acrecentar la toma de conciencia, a desarrollar el juicio y a fomentar la elevación de los niveles culturales de la población. Tal vez suene utópico pero, como se sabe, las grandes utopías han sido sustento de grandes cambios.

Durante cerca de 50 años de abundante investigación sobre la violencia televisiva y sus efectos —tarea a la que las grandes potencias en particular han dedicado cuantiosas inversiones y amplia difusión y penetración en áreas del poder político—, no ha habido, por alguna o varias razones, ningún impacto sensible en los niveles de violencia de la programación.

De ahí la necesidad de intentar propuestas alternativas para utilizar los medios y contrarrestar sus posibles efectos nocivos. Más que considerar que los medios inducen directamente a la violencia, puede afirmarse que actúan a manera de catalizadores en la manifestación de conductas patológicas con bases preexistentes, las cuales terminarían manifestándose de una u otra manera. A la luz de ello, sería interesante desarrollar contenidos que propiciaran lo contrario.

El propósito de esta reflexión es destacar la importancia de que la comunidad médica en general tome conciencia de la relevancia que la influencia de la televisión —y de toda la gama de nuevos medios audiovisuales— tiene en las sociedades actuales, y en la conformación de un nuevo tipo de individuos, con características, patologías y requerimientos específicos que deben investigarse y considerarse para enfrentar adecuadamente los retos de la salud pública, tanto general como mental, en los inicios del próximo milenio. Adaptando un exhorto planteado hace ya más de una década por Alonso-Fernández,<sup>15</sup> en relación con la situación en España, espero que haya quedado suficientemente ilustrada la necesidad de que los planes nacionales de salud, y particularmente los concernientes a la salud mental, incluyan entre sus priorida-

des la consideración del complejo problema que plantea la tríada violencia-televisión-salud mental.

**Referencias**

1. Martín-Barbero J. Prólogo. En: Orozco-Gómez G. Miradas latinoamericanas a la televisión. Ensayos del PROIICOM/2. México: Universidad Iberoamericana, 1996.
2. De la Fuente R, Medina-Mora ME y Caraveo J. Salud Mental en México. México, Instituto Mexicano de Psiquiatría y Fondo de Cultura Económica, 1997.
3. García-Silbermann S y Ramos-Lira L. Medios de comunicación y violencia. México, Instituto Mexicano de Psiquiatría y Fondo de Cultura Económica, 1998.
4. Gómez de Silva G. Breve diccionario etimológico de la lengua española. México: Fondo de Cultura Económica, 1988
5. Erausquin MA, Vázquez M y Matilla L. Los teleniños. México: Fontamara, 1988.
6. Souza y Machorro M. A propósito de la televisión y la salud mental. Rev Fac Med UNAM 1989; 32(5): 211-15.
7. González-Alonso C. Principios básicos de comunicación. México: Editorial Trillas. 1989.
8. Arredondo P. Presentación en: E. Sánchez-Ruiz. Teleadicción infantil ¿Mito o realidad? México: Universidad de Guadalajara, 1989.
9. Mander J. Cuatro buenas razones para eliminar la televisión. México: Gedisa, 1988.
10. Himmelweit H, Oppenheim AN y Vince P. Television and the child. London: Oxford University Press, 1958.
11. Cohen-Seat G y Fougeyrollas P. La influencia del cine y la televisión. México: Fondo de Cultura Económica, 1967.
12. Orozco-Gómez G. Televidencia. Perspectivas para el análisis de los procesos de recepción televisiva. Cuadernos de comunicación y prácticas sociales No. 6. México: Universidad Iberoamericana, 1994
13. Sartori G. *Homo videns*. La sociedad teledirigida. Madrid: Santillana S.A, Taurus, 1998.
14. Piscitelli A. Paleo-, neo-, y post- televisión. Del contrato pedagógico a la interactividad generalizada. En: Gómez-Mont C. La metamorfosis de la TV. Cuadernos de comunicación y prácticas sociales No. 8. México, Universidad Iberoamericana, 1995.
15. Alonso-Fernández F. Televisión y salud mental. Salud Mental 1983; 6(4): 3-11.



**Revista de la Facultad de Medicina**

Se trata de una publicación bimestral, con tiro poco usual en este tipo de publicaciones, de 21,000 ejemplares. Incluye artículos originales, monografías, temas de reflexión, casos anatomoclínicos y notas de actualidad sobre farmacología y epidemiología, siempre de carácter clínico y práctico, útil e interesante para los profesionales que, al menos en tiempo parcial, ejercen la medicina general.

Suscríbase usted a ella enviando el cupón adjunto.

ORDEN DE SUSCRIPCIÓN ANUAL A LA REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA, UNAM

Datos del Suscriptor

Nombre \_\_\_\_\_

Calle \_\_\_\_\_ Colonia \_\_\_\_\_

C.P. \_\_\_\_\_ Ciudad \_\_\_\_\_ Estado \_\_\_\_\_ Teléfono \_\_\_\_\_

Contribución por suscripción \$ 300.00

Anexo: Giro \_\_\_\_\_ Cheque \_\_\_\_\_ A favor de la facultad de Medicina

Domicilio: Revista de la Facultad de Medicina, UNAM, 3er. piso del Edif. B, Circuito Escolar de Ciudad Universitaria, D.F., C.P. 04510 Apdo. Postal 70-298.  
At'n. Dr. Manuel Quijano Narezo. Teléfonos 5623-2154, 5623-2508